Toma y daca
ó
que se queje aquel
que pierda.

TOMA Y DACA,

ó

QUE SE QUEJE AQUEL QUE PIERDA,

COMEDIA EN UN ACTO EN PROSA

DE LOS SEÑORES LÉONCE Y DE BERNARD.

TRADUCIDA LIBREMENTE DEL FRANCES

por

la señorita Doña Joaquina Vera.

MADRID:

EN LA IMPRENTA DE YENES,

CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1840.

PERSONAS.

DON ALFONSO MENDOZA.
DON FERNANDO GONZALEZ.
DOÑA AMELIA, *esposa de Mendoza.*
DOÑA LUISA, *idem de Gonzalez.*
JUAN, *mozo de posada.*

La escena pasa en una posada de los Baños de Carratraca..

ACTO ÚNICO.

El teatro representa una sala comun de una posada: puerta al fondo, dos laterales; la puerta de la derecha del actor es el cuarto de Doña Luisa, la de la izquierda pertenece á D. Alfonso. A la derecha una mesita de desayuno, cerca de la cual hay un sillon, al lado opuesto puerta del fondo, y al lado del cuarto de D. Alfonso una mesa con recado de escribir. Gran ventana á la izquierda.

ESCENA PRIMERA.

JUAN *aparece y* D. FERNANDO *sale por el fondo en trage de camino.*

Fernando. No hay nadie en esta posada...? Ah! por fin veo aqui una figura humana.

Juan. Qué quereis, caballero?

Fernando. Haced subir mis efectos, dadme un cuarto, y sobre todo un buen desayuno lo mas pronto posible.... (*Mirando la mesita.*) Que hay aquí? té? Por la tarde no digo que no; pero por la mañana.... Decid que me suban alguna cosa mas sólida, por que yo estoy por lo positivo.

Juan. Lo que es por el desayuno, no hay inconveniente: en cuanto al cuarto, malo lo veo. La posada está llena desde la cueva hasta el granero.

Fernando. Todos me dicen lo mismo en esta abominable villa: hay tres posadas, y en todas he recibido la misma contestacion. No hay sitio. Qué diablo! Está uno enfermo, se viene á curar á estos baños, y no puede encontrar una miserable cama.

Juan. Ah! Con que estais enfermo?... Perdonadme, no tenia intenciones de ofenderos. En verdad que hay figuras tan singularmente engañosas.... Ya veis, vos no pareceis sino tener mucha salud; pero enmedio de la estacion, cuando todo el mundo está ya alojado, aunque viniese el emperador de Austria á decir, «necesito un cuarto» le diria: «lo siento

mucho, pero esperad al año próximo.»

Fernando. Y á pesar de eso, es menester que me deis un cuarto. (*Entra un criado con un ramo de flores.*)

Criado. De parte del marques del Valle, para la señora de Gonzalez. (*Entrega el ramillete á Juan y vase.*)

Fernando. La señora de Gonzalez vive en esta posada?

Juan. Qué tiene eso de particular?

Fernando. (*Aparte.* Pero no puede ser....) Decidme, amigo mio, esa señora es joven?

Juan. Veinte y dos años deberá tener.

Fernando. Bonita?

Juan. Yo lo creo.

Fernando. Blanca, delgada, talle elegante?

Juan. Justo.

Fernando. (*Aparte.* Esto es prodigioso.) Haced traer mi cofre á ese cuarto.

Juan. A ese cuarto? Quereis reiros?

Fernando. Yo no me rio nunca.

Juan. Pero la señora de Gonzalez ha salido en este momento, y....

Fernando. Haced lo que os he dicho.

Juan. Pero....

Fernando. Como os llamais, amigo mio?

Juan. Juan, para serviros.

Fernando. Pues, señor Juan, yo tengo una costumbre, no sé si buena ó mala. Cuando doy una orden dos veces, no me gusta repetirla tres. Si no me habeis comprendido, mi látigo se encargará de daros la esplicacion: me entendeis?

Juan. Perfectamente.... pero....

Fernando. Qué? (*Jugando con su látigo.*)

Juan. Ya comprendo, señor, ya comprendo.

Fernando. Asi pues, mis efectos y mi desayuno.

Juan. Todo en ese cuarto? (*Demuestra enfado don Fernando.*) Os comprendo, señor, no os tomeis la molestia de repetirlo.

Fernando. Ya veo que sois un muchacho inteligente.... Con que segun decís, este es el cuarto de esa señora? (*Mostrando la puerta.*)

Juan. Sí señor.

Fernando. La aventura es verdaderamente original. (*Se entra.*)

ESCENA II.

JUAN, *solo.*

Original!... El sí que lo es. Que dirá la señora de Gonzalez?... Yo no tengo nada que ver, ya se arreglarán ellos. Qué hombre! no sé lo que le hubiera hecho.... (*Suena una campanilla.*) Bien! ya está llamando. No, no tiene nada de tímido, lo mismo dispone, que si fuera su cuarto. (*Llaman á la izquierda.*) Ahora el otro. Será D. Alfonso que se levanta. Ya van.

ESCENA III.

JUAN *y* D. ALFONSO, *que entra por la izquierda.*

Juan. Habeis llamado?

Alfonso. Haced servir el té: mi muger acaba de salir del baño, y el médico la ha encargado que se desayune temprano.

Juan. Todo está pronto. (*Llaman á la derecha.*)

Alfonso. Cómo? Se ha levantado ya nuestra amable vecina?

Juan. Buena vecina nos dé Dios! Ya ha llamado dos veces; á la tercera, hace lo que dice. Voy, voy. (*Entra precipitadamente en el cuarto de la derecha, llevándose el ramillete.*)

ESCENA IV.

AMELIA *y* D. ALFONSO.

Alfonso. (*Va al encuentro de Amelia que sale por la puerta del fondo.*) Qué aire tan acelerado tiene! Buenos dias, querida Amelia.

Amelia. Ya levantado, despues de haber pasado la noche en un baile?

Alfonso. Pero no estabas en él, querida mia, y ya tenia ganas de verte. Ese doctor idiota que no te ha permitido venir....

Amelia. (*Se sientan.*) No me hables mas de eso. Todas las señoras que acabo de ver en los baños han redoblado mi dolor, refiriéndome los placeres de ese soirée. Dicen que ha sido brillante. Me vas á dar algunos detalles.

Alfonso. Yo no he visto nada de particular. Señoritas bailando por bailar, jóvenes jugando para arruinarse, maridos bostezando y mirando sin cesar todos los relojes.... Al rededor un enjambre de viudas, de viejas solteronas, dispuestas á bailar á todas horas, que murmurando, se vengan de las desgracias de la edad y de la fealdad.... Con que ya puedes conocer que este baile ha sido como los de Madrid, y como los de todas partes.

Amelia. Y dime; cuáles eran las mas elegantes, las mas galanteadas?

Alfonso. Por el pronto, la muger mas hermosa, mas elegante, mas obsequiada era....

Amelia. La señora de Gonzalez?

Alfonso. Precisamente, nuestra amable vecina. Hace ya tres semanas que la vimos llegar aquí sin su marido, no teniendo otra escolta, otro acompañamiento, que el de sus gracias. Desde luego predije que llegaria á ser la reina de los baños; pero deberia contentarse con este imperio que egerce con justo título, sin ambicionar los mezquinos triunfos de la maledicencia, tan fáciles de obtener; y sobre todo sin pretender lucirse á costa de nuestro feliz matrimonio. He aqui lo que no me agrada, y lo que nunca perdonaré. Por lo demas, debo confesar que sus triunfos no hacen mas que aumentarse cada dia. Ayer sobre todo, causó una admiracion, un furor... Arrastraba sin cesar un tropel de adoradores de todos los paises. Casi se podia formar un congreso.

Amelia. Por mi parte hace tiempo que la he perdonado los agravios que me puede hacer. Es tan amable que....

Alfonso. Cómo si lo es! Amable para tí, amable para mí, amable para todo el mundo; es un deseo inmoderado de agradar.

Amelia. A pesar de tu severidad, parece que te gusta.

Alfonso. Yo no puedo sufrir esas mugeres cuya coqueteria parece decir á todo viviente: «arrodillaos y adoradme»... Para tí, la señora de Gonzalez, á pesar de su sátira, es una muger amable; para mí, es una coqueta. Por lo demas, esto á nadie importa sino á su marido. Si á él le parece bien.... nadie dirá na-

da..... Y aquí para entre nosotros, él haria muy mal en quejarse, porque de todos mis amigos es el mas aturdido, el mas fátuo. En una palabra, el peor.

Amelia. (*Con embarazo.*) Pero dime, parecia distinguir á alguno entre sus adoradores?

Alfonso. Creo que sí.

Amelia. Y quién es el dichoso mortal?

Alfonso. El que se mostraba menos obsequioso con ella. Un hombre que por su posicion respetable, debia estar fuera del círculo de sus adoradores.... un hombre casado con una muger encantadora, para que el menor pensamiento de inconstancia le sea imposible. No adivinas quien sea?

Amelia. Nó.

Alfonso. (*Se levanta.*) Cuando uno es naturalmente modesto, no puede hablar de sí mismo.

Amelia. Tú?

Alfonso. Sí, yo.

Amelia. (*Levántandose.*) Dios mio! qué presuntuosos son los hombres! y qué cuidado debemos tener nosotras! Con que porque esta señora te trata con la intimidad que tan pronto se establece en los baños, ya te persuades que tiene una pasion por tí?

Alfonso. Quién habla de pasion? Doña Luisa está acostumbrada á hacer esclavos á todos los hombres que la ven. Tantos adoradores, tantas víctimas inmoladas por su coqueteria. Yo supongo que ella habrá encontrado estraña, y aun casi insolente, mi pretension de librarme de la suerte comun. Gracias á mi indiferencia, he merecido una escepcion ; y ya sabes tú que las señoras gustan de escepciones.

Amelia. La familiaridad con que te trata no prueba mas que una cosa, y es que no piensa en tí. Ademas, quién hace aprecio de un hombre casado?

Alfonso. Ah! con que yo no merezco que se haga caso de mi? Tienes razon. Cuando tan á menudo dirige sus ojos á los mios cuando nos hablamos, y á cada instante me incita con sus palabras insidiosas á una declaracion, no hace caso de mí?

Amelia. No señor, no: es muy malo tener tan triste opinion de las mugeres.

Alfonso. Cuando en medio de una docena de elegan-

tes esta noche se dirigió á mí, me agarró del brazo y me proclamó su caballero; cuando ha dejado en mis manos este abanico!... (*Sacando uno.*)

Amelia. Qué dices! su abanico!

Alfonso. No; si no me hace caso. Amad á vuestra muger, sedle fiel en estremo, y por todo agradecimiento, se os llamará hombre de quien no se hace caso. Amelia, voy á confundir tu incredulidad delante de ella misma.

Amelia. Calla: aqui viene.

ESCENA V.

DICHOS, LUISA *con un ramillete en la mano, entra por el fondo seguida de un criado que le entrega algunas cartas.*

Luisa. (*Coge las cartas, y se va el criado.*) Que no recibo á nadie... entiendes? Buenos dias, querida mia.

Alfonso. (*Saludando.*) Señora....

Luisa. Siempre juntos! Con justicia se os llama el modelo de los esposos.... Jamas una nube.... jamas la menor discusion.....

Alfonso. Al contrario, señora, en este momento, Amelia y yo disputábamos. (*Pasa entre las dos señoras.*) Si vos lo permitís, sereis el juez.

Amelia. (*Vivamente.*) Alfonso, mirad que....

Alfonso. Nada, nada, has picado mi amor propio y.... quiero convencerte de lo que he dicho. (*Bajo á Amelia.*)

Luisa. De qué se trata?

Alfonso. Una humillacion que me acaba de hacer. Si es verdad lo que dice, debo resignarme á ser de esa clase de seres desventurados, que no tienen importancia á los ojos del bello sexo: en una palabra, dice que soy un hombre en quien nadie repara.

Luisa. Y en un negocio tan árduo, quereis que sea juez? Esto es muy delicado. Si respondo que pienso como Amelia, seré impolítica; si digo lo contrario, no pensareis que os creo peligroso?

Alfonso. Señora, vuestra contestacion es diplomática: es menester adivinarla.

Luisa. Ignorais que las mugeres quieren que se les adivinen los pensamientos.

Alfonso. (*Bajo á Amelia.*) Lo oyes...?
Luisa. Os esplicaré á los que llamo yo hombres sin peligro. En mi concepto son esos aturdidos, siempre ocupados de su propio mérito, esos fátuos que vos decís componen mi corte.... que me han prometido matarse el dia de mi marcha, y que esperan verme perecer bajo el peso de su odiosa correspondencia.
Alfonso. Es ese vuestro correo de hoy?
Luisa. Sí, mirad mi contestacion. (*Rasga las cartas.*)
Amelia. Cómo! Sin leerlas?
Luisa. No hariais lo mismo en mi lugar?
Alfonso. Escusad la sencillez de Amelia. Cuando no se está acostumbrada á recibir correspondencia de este género...
Luisa. Si fuera preciso leer todas estas majaderias y responder á ellas, qué sería de nosotras? Porque, qué muger casada, emancipada por consiguiente, á no ser espantosa, no oye decir cien veces que es adorada?
Amelia. A mí jamás me han dicho...
Luisa. Vuestra posicion es tan diferente de la mia... Cuánto envidio vuestra suerte!... vos teneis la dicha de estar constantemente bajo la proteccion de un esposo tierno, obsequioso... mientras que yo, pobre abandonada... (*Se sienta.*)
Alfonso. El viento está por la melancolía. (*Bajo á Amelia.*) En verdad, la conducta de Gonzalez (*Alto á Luisa.*) no tiene escusa; pero, sin duda, no tardará en volver á vuestro lado.
Amelia. Dios mio! (*Aparte.*)
Luisa. Mi marido! estoy segura que no sabe si estoy aqui. A vuestro lado nosotros pareceriamos una pareja singular. Mi marido es jóven, de maneras elegantes; para él es menester una vida variada de distracciones, de viajes... En este momento creo que esté en Alemania.
Amelia. No vendrá!... respiro. (*Aparte.*)
Luisa. Y yo obligada á hacer sola el viage á los baños.., me he visto rodeada de necios, que siempre están prontos á perseguir á una pobre muger, que suponen despreciada. (*Amelia se sienta á la derecha y toma un libro que repasa.*)

Alfonso. Qué lenguaje! (*Aparte.*) Pues qué, señora! no creeis en el amor que inspirais?

Luisa. Qué tiene que ver el amor con esa galanteria comun, especie de moneda que corre en el mundo?

Alfonso. Severa sois con vuestras víctimas.

Luisa. Puede una creer en el amor de un dia, en las necias adulaciones de esos hombres, que no hablan mas que de rodillas? Hasta aqui he defendido mi corazon; pero sin haber conocido el amor, lo he comprendido. Me parece que en alguna circunstancia pudiera llegar á serme temible. Tanto las declaraciones de esos señores me parecen inofensivas, cuanto un sentimiento verdadero, esperimentado por un alma ardiente, espresado por una inteligencia noble y elevada, podria parecerme dulce... de inspirar al menos.

Alfonso. Qué dices de esto? (*Bajo á su muger.*)

Amelia. Que tenias razon. (*Se levanta.*)

Luisa. Pero me he dejado llevar á un pais quimérico; descendamos á la tierra. Sin duda sabreis que hemos arreglado para esta mañana una cabalgada deliciosa á las ventas. Cuento que sereis de los nuestros. (*A Amelia.*)

Amelia. Con gusto aceptaria; pero no puedo.

Luisa. Al menos podré contar con que me acompañareis. (*A Alfonso.*) Permitís, (*A Amelia.*) querida mia, que os arrebate vuestro marido?

Amelia. Cómo!.. Di que no, yo te lo suplico. (*A Alfonso, bajo.*)

Alfonso. No: si de mí nadie hace caso. (*Bajo á Amelia.*)

Luisa. Con que es cosa convenida, eh?

Alfonso. Señora, siento mucho no poder aceptar el honor que me dispensais.

Luisa. Qué! rehusais?

Alfonso. Yo espero que admitireis mi disculpa, aunque sea un poco vulgar. La salud de mi muger no le permite tomar parte en ese placer, y yo deseo como buen marido, pasar la mañana con ella.

Luisa. Esto es edificante!

Amelia. Amiga mia, yo siento mucho...

Luisa. Y yo me arrepiento de haber pensado un momento separar dos corazones tan bien unidos. Espero que no todos rehusarán el servicio que os preparaba.

Alfonso. Es un favor que todos se disputarán.

Luisa. Ah! vos creeis?...

Alfonso. Y para mí un sacrificio bien penoso sin duda, pero al cual debo resignarme. Un hombre casado que ama su estado, no es de este mundo. Lo que seria para otro un favor precioso, debe ser aceptádo por él con humildad, y como una prueba de su insignificancia. (*Cogiendo el abanico de manos de Amelia.*) Este abanico, que anoche me confiasteis y que por olvido no habeis recogido...

Luisa. Mi abanico en las manos de su muger!.... (*Aparte.*)

Alfonso. En otro tiempo nadie me hubiera obligado á restituirlo. Era muchacho, y gozaba largamente los privilegios del estado, aceptaba siempre, pedia á menudo, cogia algunas veces, no volvia nunca; ahora marido concienzudo, sé el respeto que se debe á la propiedad agena. (*La da el abanico.*) No es verdad, señora, que esto es maravilloso?

Luisa. Es admirable! Pero permitidme...

Amelia. Qué, nos dejais ya!

Luisa. Sí, voy á mi cuarto. Hace ya rato que interrumpo la conversacion de ustedes. (*Aparte y váse á su cuarto.*) Ellos me pagarán su impertinencia.

ESCENA VI.

ALFONSO, AMELIA, LUISA *que no llega á entrar, al ver á* JUAN *que sale con vestidos en una maleta.*

Luisa. Qué es eso?

Juan. Esto, señora, es un pantalon, un chaleco, un vestido, una maleta, y...

Luisa. Y qué hacia eso en mi cuarto?

Juan. Ah! os diré: es que ese señor...

Luisa. Ese señor?...

Jaan. Pues, ese señor que ha llegado esta mañana, y que ha pedido un cuarto...

Luisa. Cómo! habeis dejado tomar mi cuarto?...
Juan. Lo ha tomado sin pedirlo. Si usted viera cuán terrible es oponerse á la voluntad de un hombre que no dice las cosas mas que dos veces!...
Alfonso. Dos veces! y qué tiene que ver eso?...
Juan. Qué tiene que ver? No dice mas que dos veces, lo entendeis? á la tercera, plan... A mí me ha parecido que mejor se esplicará con la señora. Cuando ha llegado, se ha puesto una ropa de casa magnífica, y espera á la señora para almorzar. Ah! es un caballero muy fino.
Luisa. Pero, en fin, el nombre de ese caballero.
Juan. Ah! Sí: pues eso es justamente lo que yo no sé.
Alfonso. Puede ser que esté su nombre en esa maleta.
Juan. Teneis razon. Mirad. (*D. Alfonso lee en la maleta.*)
Alfonso. Fernando Gonzalez.
Luisa. Mi marido!
Amelia. Gran Dios! (*Aparte.*)
Luisa. Mi marido! qué dicha! y yo que no habia conocido... Ustedes me permitirán... soy tan feliz... volverle á ver... estoy tan transportada... (*Se va á su cuarto, y Juan por el fondo.*)

ESCENA VII.

ALFONSO Y AMELIA.

Alfonso. Qué rapto de ternura conyugal! Dichosa! transportada! no creo una palabra. Y bien, Amelia, el despecho que mi poca galanteria acaba de causar á tu escelente amiga, bastará para convencerte de sus pretensiones extra-legales al corazon de tu esposo?
Amelia. Amigo mio, tengo que pedirte un favor.
Alfonso. A mí?
Amelia. Una cosa á la cual doy la mas grande importancia. Me prometes concedérmela?
Alfonso. Te he negado alguna?
Amelia. Ya lo sé, pero no importa.
Alfonso. Que aire tan serio!... Vamos, yo te concedo todo lo que quieras.

Amelia. Pues bien, yo quiero partir.
Alfonso. Partir!
Amelia. Sí, dejar á Carratraca.
Alfonso. Simple! es posible que hayas tomado seriamente la coqueteria de esa muger? Cómo! tú celosa?... despues que á tu vista acabo de hacer á su vanidad una de esas heridas que no se perdonan nunca!
Amelia. Sí, ya sé que me amas... pero quisiera partir.
Alfonso. Entonces, qué motivos tienes? Los baños están en lo mejor, y tú sabes cuánto convienen á tu salud.
Amelia. Pues bien, yo soy como tú. Tengo celos de esa muger que quiere arrebatarme tu corazon.
Alfonso. Pero si no tienes razon para...
Amelia. Tenga ó no razon, tengo celos... y á menos que quieras verme padecer...
Alfonso. Yo hacerte padecer? nunca. Si esta partida basta para tranquilizarte...
Amelia. Ah! Sí.
Alfonso. Cuándo quieres partir?
Amelia. Hoy.
Alfonso. Al instante, si quieres.
Amelia. No respiraré hasta que me vea lejos de aqui.
Alfonso. Sabes que con esa disposicion á los celos, serias muy desgraciada si te hubieras unido á un esposo menos complaciente?
Amelia. Ah! pero tú...
Alfonso. Voy á pedir caballos de posta: dentro de dos horas marchamos.
Amelia. Cuán amable eres!... (*Aparte.*) Me salvé!

ESCENA VIII.

Dichos y DON FERNANDO *vestido de casa.*

Fernando. Donde está mi querido Mendoza?
Amelia. Él es... (*Aparte.*)
Fernando. Buenos dias, amigo mio. Mi muger acaba de decirme que estabais aqui, y he corrido... pero veo que á la señora... verdad que este traje...
Amelia. Dadme valor, Dios mio! (*Aparte.*)

Alfonso. Estais muy bien. Permitidme presentaros á mi esposa.

Fernando. Su muger! veamos si ha tenido buen gusto... Señora... Qué veo! Amelia!

Alfonso. De qué os sorprendeis?

Fernando. Cuanto me alegro de volveros á ver! Esta señora no es estraña para mí; la casa de campo que habitaba cerca de Valencia, estaba próxima á la de mi padre, y allí tuve el honor de verla algunas veces.

Alfonso. De veras?

Amelia. En efecto, me parece recordar...

Fernando. (*Aparte.*) Se acuerda... esto empieza á complicarse. Mi muger por un lado... Amelia por otro... y otra que puede asomar por ahí á lo mejor... Y esta Amelia que está mas bonita que nunca...

Alfonso. Acabamos de ser testigos del júbilo de vuestra esposa: ha sido un transporte, un alborozo que...

Fernando. Que yo participo tambien, os lo juro. (*Mirando á Amelia.*) Despues de una larga separacion, es una dicha tan grande encontrar al objeto que se ama, que nunca se ha dejado de amar!

Alfonso. Qué fuego! qué entusiasmo!

Fernando. Hace mucho tiempo que no soy tan feliz como hoy. Bendigo la estrella que me ha conducido aqui, y que me vuelve á uno de mis mejores amigos, á mi querido Mendoza. (*Aparte.*) Antes de una hora voy á estar loco por esta muger.

Alfonso. Desgraciadamente ese placer será de corta duracion. Nos vamos de Carratraca.

Fernando. Qué! Señora, os marchais? (*A Amelia.*)

Amelia. Sí señor.

Fernando. Sin duda alguna motivos de gravedad...

Alfonso. Una niñada, un capricho suyo; y por eso debo suscribir á ello. Porque, qué mérito tiene hacer la voluntad de una muger cuando tiene razon? Cuando entrabais, iba á pedir caballos de posta.

Fernando. No os incomodeis por mí, id, yo os lo suplico. (Asi la podré ver á solas. *Aparte.*)

Alfonso. Ya que lo permitís, voy á hacer los preparativos.

ESCENA IX.

AMELIA Y FERNANDO.

Fernando. (*Aparte.*) Qué idea tan diabólica me ha dado de ponerme esta ropa! Buen medio para estar patético con este aire de mandarin. No importa. (*Alto.*) En fin estamos solos y puedo hablaros sin temor. Amelia, Amelia mia!

Amelia. Yo no debo escucharos: dejadme retirar.

Fernando. Vos me escuchareis, Amelia. La dicha de volveros á ver, que la casualidad, que el cielo me ha proporcionado, no la dejaré desvanecerse como un sueño. Hace cuatro años que una suerte cruel nos separó...

Amelia. Sin duda olvidais, caballero, que yo no debo oir semejante lenguaje.

Fernando. Caballero! Y es asi como vuestro corazon me nombra ahora? Otras veces me llamabais Fernando. Habeis olvidado mi nombre? es imposible! Vuestra turbacion cuando os ví, la emocion que en este momento quereis disimular, todo parece decirme que no me habeis olvidado, y que lo pasado ha echado en vuestra alma raices profundas, inalterables. (Yo hago todo lo que puedo, pero esta ropa no me ayuda... *Aparte.*)

Amelia. Hace dos años que estoy casada; amo á mi marido, como él á mí, con la ternura mas profunda y verdadera.

Fernando. El presente es de él, sea: pero yo, no tengo algunos derechos sobre lo pasado? Lo venidero será de quien sepa mejor merecerlo.

Amelia. Deteneos: á pesar de lo irregular de vuestra conducta, yo creo en vuestro honor. Yo os confio el mio, que es el de mi marido.

Fernando. Y qué me importa vuestro marido? La autoridad del primer amor vale mas que esa ley odiosa. Porque vos me amais, Amelia... lo puedo hacer ver con las cartas en que se pintaba vuestro corazon... con el retrato que recibí de vos.

Amelia. Dios mio!

Fernando. El tiro acertó. (*Aparte.*) Hace cuatro años no se ha separado de mí un instante; ahora mismo lo veriais, si no me acabase de poner esta ropa que...

Amelia. Sí, es verdad: bendigo al cielo que nos ha reunido!... Si supieseis cuántas veces la idea de ese retrato, de esas cartas, ha turbado mi reposo!... Decidme que vais á volvérmelo en nombre del cielo, si es verdad que me habeis amado.

Fernando. Volver, Amelia! Sabeis que hace cuatro años que os he perdido, y que ese retrato ha sido êl único consuelo en mi desesperacion, la única estrella de mis noches? Oh! vos no sabeis cuánta ha sido mi amargura: vos no me creereis, porque sin duda me han calumniado á vuestros ojos. Os habrán pintado mi conducta como la de un hombre ligero, ávido de placeres... Ah! nadie ha podido adivinar la causa de mis locuras. He sido, es verdad, aturdido, disipado; pero era por desesperacion. Me casé, porque estaba desesperado; en lugar de morirme, he vivido; y hubiera preferido la muerte, porque es tan cruel vivir sin esperanza!

Amelia. Ni una palabra mas. Dentro de una hora estaré lejos de aqui. Siento no poder tener hácia vos la amistad de que os creia digno por vuestra conducta.

Fernando. Ah! ya comprendo por lo que es esa marcha tan precipitada. Quereis huir de mí, pero será en vano. Si partís, os seguiré.

Amelia. Osariais acaso?...

Fernando. Sí, Amelia. Si os hubiera encontrado amable, sensible, conservando algun recuerdo de nuestro antiguo amor, ningun mandato me hubiera sido penoso; pero quereis huir sin tener piedad de mí! Pues bien! Señora, vos sois muy dueña... Partid dentro de una hora; á la hora y cuarto, mi carruaje seguirá el vuestro.

Amelia. Qué locura!

Fernando. Una locura, precisamente. Partid, señora; ese proyecto me agrada mucho. Me vereis siguiéndoos de ciudad en ciudad, de reino en reino, de hemisferio en hemisferio.

Amelia. Quereis perderme? y mi marido!

Fernando. Si no le gusta verme, peor para él; pero con un pasaporte y algunos billetes de banco en mi cartera, nadie me puede impedir el dar la vuelta al mundo detras de usted. Pero ved á vuestro marido, pensad en lo que voy á deciros, Amelia. Si os quedais, amor secreto, humilde, reconocido. Si partis, amor tambien, pero amor temerario, imprudente y dispuesto á todo! Para un ataque con vestido de negligée, no estoy descontento de mí. (*Aparte y se entra en el cuarto de la derecha.*)

ESCENA X.

AMELIA Y ALFONSO.

Amelia. Qué haré? Dios mio!

Alfonso. Querida Amelia, tus órdenes estan ya ejecutadas.

Amelia. Partir?... y puedo ahora?... (*Aparte.*)

Alfonso. No me respondes?... pero esa turbacion!... Qué tienes?

Amelia. Soy muy desgraciada.

Alfonso. Desgraciada! Tú, Amelia mia? Y por qué no me lo has dicho?

Amelia. Hace mucho tiempo que un secreto pesa sobre mi corazon.

Alfonso. Un secreto?

Amelia. Mil veces mis labios te lo quisieron decir, y siempre el temor de ser menos amada de tí, me detuvo. Si tú supieses cuanto he sufrido conteniéndodome!... Sí, yo te lo diré todo; pero prométeme amarme lo mismo, y perdonarme.

Alfonso. Perdonarte! pues qué es?

Amelia. Escúchame como un padre escucha á su hija, con indulgencia y bondad. Cómo me estás mirando ya!

Alfonso. Y bien?

Amelia. Y bien! Hace cinco años (entonces tenia yo quince) que habitaba con mi madre en una casa de campo cerca de Valencia: no teniamos conocimientos en todas las cercanias, sino con una familia. En

ella habia una jóven, mi amiga desde la infancia, tenia dos años mas que yo, y un carácter romántico, exaltado, y que me agradaba mucho, quizá por esta misma exaltacion. No nos apartábamos nunca, y yo era feliz con ella, hasta que su hermano...

Alfonso. Tenia un hermano!...

Amelia. Estaba acabando sus estudios: no le conocia yo, hasta que al fin del estío vino á pasar las vacaciones con su familia. En las visitas que me hacia su hermana, la acompañaba siempre. Despues de su llegada, parecia que eramos mas amigas: bien pronto fue admitido en nuestra amistad, y esta ha sido la causa de las lágrimas que he vertido despues.

Alfonso. En fin, te amó?

Amelia. Al menos me lo dijo. Se lo declaró todo á mi madre, quien me contestó que este casamiento no me convenia. Al oír que tenia que renunciar á él, me parecia que le amaba mas.

Alfonso. Continúa. (*Conteniéndose.*)

Amelia. Mi madre exigió entonces que no volviera mas á mi casa. Todo se hubiera ya acabado entre nosotros, si su hermana, aturdida, ligera en todo, y no comprendiendo lo importante de sus consejos, no hubiese venido, como ella decia, al socorro de nuestros amores perseguidos. A sus ojos eramos nosotros los héroes de una novela interesante. Como no nos veíamos, decidió que debiamos escribirnos, y para empezar, Elisa me entregó una carta de su hermano. No quise abrirla, pero ella me dijo que era tal el dolor de su hermano, me echó en cara tan vivamente lo que ella llamaba mi crueldad, que no tuve fuerzas para resistir.

Alfonso. Y tú le respondiste?

Amelia. Las dos lo haciamos, porque Elisa ponia la mitad en todas mis contestaciones, que ella no encontraba nunca bastante tiernas y consoladoras. El fin de las vacaciones se aproximaba, y él debia volverse á Zaragoza para proseguir sus estudios. Elisa no perdió tan bella ocasion de aplicar á nuestra posicion los incidentes románticos de sus lecturas favoritas. A fuerza de instancias, de súplicas, llegó á decidirme á que la entregára un retrato mio,

que debia consolar á su hermano en la ausencia.

Alfonso. Tu retrato!

Amelia. Al dia siguiente partió.

Alfonso. Con tu retrato.

Amelia. Yo era muy desgraciada, pues Elisa no cesaba de ponderarme el amor, la desesperacion y el dolor de su hermano. Supimos que llevaba en Zaragoza una vida loca y disipada, que hacia á otras los mismos juramentos que yo habia recibido en presencia de su hermana. Esto era lo suficiente para abrir los ojos. Al año siguiente no volvió; entonces te conocí, tú me amaste, y todo lo olvidé; ví que lo que yo habia tomado hasta entonces por una pasion, no era mas que un sentimiento de niña, al cual solo mi inesperiencia habia dado tal importancia. El amor verdadero has sido tú, Alfonso mio, tú solo quien me lo ha hecho conocer. Esta es, amigo mio, toda la verdad.

Alfonso Y no has vuelto á ver á ese hombre? (*Despues de un corto silencio.*)

Amelia. Nunca... hasta hoy.

Alfonso. Hoy!... Su nombre?

Amelia. D. Fernando Gonzalez.

Alfonso. Gonzalez! Y por eso querias partir?

Amelia. Preveía que este encuentro me seria fatal, porque... juzga mi inquietud. Ahora mismo cuando hemos estado solos, me ha hablado como otras veces.

Alfonso. Insolente!

Amelia. Y cuando le he pedido mi retrato y mis cartas...

Alfonso. Las tiene aun?

Amelia. Me ha dicho que sí. Le he rogado me las volviese, ha rehusado hacerlo... y ademas...

Alfonso. Esplícate...

Amelia. Me ha amenazado con seguirme por todas partes. Ah! qué desgraciada soy! Temo que viendo esto, dejes de amarme. Dime que me amas aun y que me perdonas.

Alfonso. Solo á los culpables se perdona, y la reflexion me dice que tú no lo has sido. Pero esto puede tener consecuencias muy graves con un hombre tal como él. Es uno de esos aturdidos para

quienes comprometer á una muger es un lauro. (*Va á la mesa del fondo, llama y escribe.*)

Amelia. Qué vas á hacer?

Alfonso. Ese retrato y esas cartas no deben estar en sus manos.

Amelia. Una esplicacion con él! Me haces temblar.

Alfonso. De aqui en adelante este negocio me pertenece á mí.

Amelia. Ten calma y prudencia.

Alfonso. Buscad á D. Fernando Gonzalez (*Al criado.*), y entregadle este billete. (*Le toma el criado y se va.*) Tranquilízate; nadie mas que yo está interesado en no hacer público este negocio, pero yo no puedo dejar tu reputacion en manos de ese fátuo.

Amelia. Y si rehusa?

Alfonso. Tranquilízate: de una manera ó de otra, yo sabré reducirle al silencio.

ESCENA XI.

Dichos y DOÑA LUISA.

Luisa. Es cierto lo que acaban de decirme? Con que nos dejais?

Amelia. Sí señora: asuntos imprevistos nos obligan á...

Alfonso. Qué idea!... Sí, bien puede ser. (*Aparte.*) La coqueteria de esta muger... las palabras que esta mañana dijo... Si yo pudiese...

Luisa. Qué determinacion!

Alfonso. (*Aparte.*) Por este medio me aseguro de su discrecion, y terminaré este desagradable negocio sin dar ruido, sin dar que decir.

ESCENA XII.

Dichos y DON FERNANDO *con el billete en la mano.*

Fernando. (*Aparte.*) La mogigatilla se lo habrá dicho todo. Parece que hay que entenderse con le marido. Esto no es muy alegre; pero en fin.

Amelia. Yo tiemblo. (*A Alfonso.*)

Fernando. Me han entregado vuestro billete. (*Bajo á Alfonso.*)

Alfonso. Y en efecto, mi querido Gonzalez... (*Con embarazo.*)

Fernando. (*Aparte.*) Su querido Gonzalez! Ah, ya estoy. Disimula á causa de... (*Bajo á Alfonso.*) Estoy á vuestras órdenes.

Alfonso. (*Aparte.*) Cómo diablos he de salir de este apuro? (*Alto.*) Creo que tenia alguna cosa que deciros...

Luisa. Estos señores tienen un aire de misterío que... Si nosotras estorbamos...

Alfonso. Podeis pensarlo? No hay nada de particular. He rogado á mi querido amigo que viniese un instante... queria pedirle un favor...

Fernando. No entiendo una palabra. (*Aparte.*)

Amelia. Qué irá á decir? (*Aparte.*)

Alfonso. Ya no nos vamos.

Luisa. De veras?

Alfonso. Sí, mi muger ha mudado de parecer.

Amelia. Pero no ves que va á creer?... (*Bajo á Alfonso.*)

Fernando. Es un angel esta muger! y yo que la acusaba!... (*Aparte.*)

Alfonso. Ya sabeis que no se puede contar en nada con las señoras. A cada instante, un segundo capricho, sopla el castillo de naipes elevado por el primero. Mi esposa, usando de ese privilegio, en lugar de la marcha, quisiera juntarse á la cabalgada brillante que en este momento pone en movimiento á toda Carratraca. Algunas cartas que he recibido hoy, y á las cuales tengo precisamente que contestar, me impiden acompañarla; por lo mismo quisiera que hicieseis mis veces. (*A Fernando.*)

Fernando. Yo!

Alfonso. Amelía necesita un buen escudero, y yo estaria inquieto si no la confiase á un caballero tan hábil.

Amelia. Despues de lo que te he dicho... (*Aparte.*) es imposible.

Alfonso. Es preciso.

Fernando. Ciertamente, señora, no dudareis del celo, de la alegria... (*Aparte.*) Oh! es la perla de los maridos! Y yo que tomaba su billete por de desafio!

Luisa. Me alegro mucho de que seais de los nuestros; es un placer que yo no esperaba, porque esta mañana os negasteis á ello.

Fernando. Diantre! mi muger estaria demas. (*Aparte.*)

Alfonso. Por piedad, quedáos, señora! (*Bajo á Luisa.*) Es menester absolutamente que os hable.

Luisa. Qué tendrá que decirme? (*Aparte.*)

Fernando. Querer galopar por montes y llanos despues de haber bailado toda la noche...

Alfonso. Yo os suplico que me escucheis (*Bajo á Luisa.*) un momento.

Fernando. Es una imprudencia.

Luisa. Pues que mi marido lo quiere, me quedaré.

Fernando. Todo está arreglado. Voy á pedir caballos, dentro de dos minutos estoy aqui. (Sois un angel... *Bajo á Amelia, la conduce á su cuarto, y váse por el fondo.*)

ESCENA XIII.

LUISA Y ALFONSO.

Alfonso. Que me maten, si sé cómo empezar la conversacion. (*Aparte.*)

Luisa Qué nueva impertinencia estará meditando? (*Aparte.*)

Alfonso. Señora?

Luisa. Caballero?

Alfonso. Esto es embarazoso. Y antes he estado tan ridículo... (*Aparte.*) Oh! mi antigua elocuencia de muchacho venga en mi ayuda. (*Alto.*) Señora?

Luisa. Caballero?... (*Sonriéndose.*)

Alfonso. Hé aqui una sonrisa que no me anuncia nada bueno. La primera palabra siempre es dificil... Oh! la primera palabra... (*Aparte.*)

Luisa. Es esto todo lo que teniais que decirme?

Alfonso. Por Dios, señora, no aumenteis mi embarazo: siento una turbacion por lo que voy á deciros... Creo que sin dada os admirareis...

Luisa. Si es alguna cosa amable y galante...

Alfonso. Ya tengo mi primer palabra. (*Aparte.*) Confieso, señora, que á vuestros ojos debo ser muy culpable.

Luisa. Es una satisfaccion... la hará completa. (*Aparte.*)

Alfonso. No me respondeis?

Luisa. Culpable! por qué habeis rehusado acompañarme? por qué me habeis vuelto un abanico que se me habia olvidado? Es verdad que lo sentí un poco. Se me habia habituado á mas consideraciones que las que habeis usado conmigo: pero esa altiva indiferencia tiene algo de noble y de leal, de lo cual yo no debo mostrarme quejosa.

Alfonso. Si es coqueta, al menos no es rencorosa. (*Aparte.*) Sí; las apariencias me condenan: pero no os ha advertido una voz secreta que mi afectada frialdad no era sino una máscara, con la cual esperaba cubrirme siempre?

Luisa. Era una farsa? Os doy la enhorabuena, pues la representais á las mil maravillas.

Alfonso. Bien sabeis, señora, que os digo la verdad, la verdad que se me escapa á pesar mio. Sí, yo he luchado hace mucho tiempo: combatir aun, es superior á mis fuerzas.

Luisa. Si es un papel como el de esta mañana, os aseguro sencillamente que me gusta mas.

Alfonso. Olvidad lo que ha pasado esta mañana. He sido un insensato: dejad ese aire severo, y miradme como anoche, cuando vuestra mano por una distraccion olvidó en las mias el abanico.

Luisa. Que me habeis devuelto.

Alfonso. Ah! yo quisiera obtener al precio de mi sangre una prenda de la ternura que he creido ver en vuestros ojos; y ese medallon...

Luisa. Mi retrato!

Alfonso. Sí, vuestro retrato. Ah! yo os lo suplico, vuestro retrato en prenda de perdon y de amor.

Luisa. Señor de Mendoza, para responderos á todas las cosas encantadoras que acabais de decirme, quiero daros un consejo. Hay ofensas que una muger no olvida nunca, y que perdona rara vez.

Alfonso. Os suplico... (*Se arrodilla.*)

Luisa. Esta mañana vuestra fatuidad me ha herido, en este momento vuestra ternura me hace reir.

Alfonso. Señora...

Luisa. Quedáos. (*Riéndose.*) Ya he visto algunos hombres de rodillas. Pero os aseguro que estais muy bien. Ah, ah. Debeis recordar ese aire confuso y humillado cuando vayais á pedir perdon á vuestra esposa por la tentativa de infidelidad. (*Vase riendo.*)

ESCENA XIV.

ALFONSO, *solo.*

Indigna coquetilla!... me ha dejado de rodillas!... Está visto que yo no sé nada de esta guerra... El matrimonio me ha entorpecido horriblemente... Vamos, es preciso volver á mi primera idea, y tener una esplicacion con su marido. Hombre á hombre, al menos la partida será igual.

ESCENA XV.

Dicho y DON FERNANDO.

Fernando. Esta ya pronta vuestra esposa? Acabo de buscar un pequeño alazan. El animal mas manso y mas pacífico...

Alfonso. Siento mucho que os hayais tomado esa molestia.

Fernando. Molestia, querido amigo! Ah! Decid placer.

Alfonso. Sois muy amable, pero no os incomodeis por eso. El paseo no puede efectuarse.

Fernando. Bah! y por qué razon?

Alfonso. Porque lo he reflexionado, y veo que no me conviene.

Fernando. (*Aparte.*) Si habrá algo de nuevo?... Pero hace un momento no queriais vos mismo?...

Alfonso. Entonces queria, ahora no quiero.

Fernando. Que me cuelguen si entiendo una palabra. (*Aparte.*)

Alfonso. En lugar de servir de escudero á mi esposa, tendreis la bondad de escucharme un momento. (*Aparte.*)

Fernando. (*Aparte.*) Decididamente, el horizonte se ha mudado. (*Alto.*) Ya os escucho.

Alfonso. Entre gentes como nosotros, todo preámbulo es superfluo, cuando se agita una cuestion de honor. Sois casado como yo, nuestra posicion es la misma, y yo me fio de vuestro discernimiento, asi como de la lealtad de vuestro carácter. Pues bien, Amelia me lo ha confesado todo.

Fernando. Qué decis?

Alfonso. Qué hariais en mi lugar?

Fernando. Yo?

Alfonso. Dejariais en poder de un estraño, por honrado que le quisierais suponer, objetos capaces de comprometer el reposo y la reputacion de vuestra muger?...

Fernando. La cuestion es un poco singular, pero mi franqueza igualará á la vuestra. La severidad de mis principios os admirará, pero qué quereis?... hay en mí dos hombres, el esposo y el soltero. Si es el esposo á quien consultais, él os dirá francamente que en vuestro lugar, yo exigiria que se me volviesen esos objetos.

Alfonso. Seguiré vuestro consejo. Asi os pido en nombre de vuestro honor el retrato y las cartas que están en vuestro poder.

Fernando. A mi vez os preguntaré una cosa. Creeis que le sea permitido á un hombre entregar á otro las prendas de amor dadas por una muger?

Alfonso. En un asunto tan delicado, semejantes razones están demas. Respondedme, pues, formalmente de lo que os hablo.

Fernando. En semejantes casos nunca me rio.

Alfonso. Con que rehusais?

Fernando. Positivamente. Las cartas son para mí, el retrato se me ha dado voluntariamente, todo es propiedad legal, y quiero conservarla.

Alfonso. Está bien. Pero rehusareis tambien darme otra satisfaccion por una conducta que calificaré de?...

Fernando. Bien, como gusteis.

Alfonso. Mi muger. Silencio.

ESCENA XVI.

Dichos y AMELIA, *que sale de su cuarto.*

Amelia. (*Aparte.*) Juntos!... Tiemblo por una palabra de esplicacion. Gonzalez? (*A Fernando.*)

Alfonso. Amelia, necesito por un instante al señor, asi permite que...

Amelia. Van ustedes á salir?

Alfonso. Sí, pero dentro de dos minutos estamos aqui. Venid. (*Vase.*)

Fernando. Vos habeis querido la guerra, señora. (*Bajo á Amelia.*)

ESCENA XVII.

AMELIA *y despues* LUISA.

Amelia. La guerra? qué querrá decir? Su sonrisa cruel, la agitacion de Alfonso... me estremezco al pensar... Desgraciada! qué he hecho yo? Sí, yo soy la causa de una querella, de un duelo tal vez... Si los dias de mi marido peligrasen... Ah! esta idea es horrible. Señora, el cielo os envia. (*A Luisa que sale.*)

Luisa. Qué teneis, querida mia? Qué conmovida estais!

Amelia. Mirad, no veis? (*A la ventana.*)

Luisa. Sí: veo á vuestro marido que se pasea con el mio en el jardin; qué tiene esto de espantoso?

Amelia. No veis con el aire que se hablan? Gonzalez se aleja rápidamente... le hace seña á mi marido para que le espere... Alfonso queda solo... no hay duda... acaban de arreglar las condiciones de un combate, que no dejará de efectuarse dentro de algunos minutos.

Luisa. Batirse! (*Aparte.*) Será que Mendoza querrá matar á mi marido, porque me he burlado de él? Esto seria muy original.

Amelia. Venid, no perdamos un instante. Es menester separarlos. Venid.

Luisa. Batirse! dos amigos! Y por qué razon?
Amelia. Yo os lo diré todo.
Luisa. Qué es? hablad.
Amelia. Pues bien! Hoy, aqui mismo, vuestro marido... pero os incomodareis conmigo.
Luisa. Acabad.
Amelia. Me ama. Al menos me lo ha dicho.
Luisa. Ya lo entiendo. Pobre niña! y creiais que me enojaria por eso? Si aborreciese á todas las mugeres de quien se apasiona, tendria que estar en guerra con todo el bello sexo.
Amelia. Se lo he confesado todo á Alfonso, y temo...
Luisa. Eso, sea dicho entre nosotras, es una inocentada. Se fastidia á los maridos con esas cosas. Ved por lo que vuestro esposo está furioso, y tiene celos á lo Otelo! Ah, ah, ah, esto es delicioso. (*Se rie.*)
Amelia. Os reis?
Luisa. Tranquilizáos, yo pondré orden en este duelo... si efectivamente lo es. Seria realmente una lástima dejar matarse á dos amigos.
Amelia. Ah! Sereis nuestro angel tutelar. Pero qué hareis?
Luisa. Diré á esos belicosos paladines: señor de Gonzalez, la audacia de dirigir una declaracion á la señora de Mendoza: señor de Mendoza, la insolencia no menos grande de estar enamorado de la señora de Gonzalez, lo uno va por lo otro.
Amelia. Alfonso os ama?
Luisa. Al menos me lo ha dicho.
Amelia. Ah! me engañais, señora. El despecho de saber la inconstancia de vuestro esposo, os hace decir eso.
Luisa. Os haré observar, que cuando me habeis hablado del amor de mi marido, os he creido.
Amelia. No, yo no os puedo creer. Alfonso me es fiel: á nadie ama sino á mí.
Luisa. (*Aparte.*) Qué incredulidad tan impertinente! Querriais convenceros de ello vos misma, no es verdad?
Amelia. Sí, señora, es menester una prueba! una prueba, entendeis?
Luisa. Y si os le hiciese ver á mis pies?

Amelia. Señora... (Yo tiemblo. *Aparte.*)

Luisa. Despacio, no tardareis en verlo. Estará todavía?... (*Coge un libro de la mesa, y se asoma á la ventana.*) Sí. Se está paseando por debajo de esta ventana. Ah! (*Deja caer el libro al jardin.*) Mil perdones, caballero... Esa seria mucha bondad. (*A Amelia.*) Ya sube, es menester que os escondais.

Amelia. Esconderme!

Luisa. Quereis que en vuestra presencia caiga á mis pies? Y bien, no teneis valor para presenciar la prueba?

Amelia. Sí, quiero saber la verdad, y si fuese cierto... morir.

Luisa. Esto es únicamente por empeño... Me permitireis un poco de coqueteria, no es verdad? Porque en este momento estoy reñida á muerte con el señor de Mendoza.

Amelia. Ya le oigo. Y dónde me ocultaré?

Luisa. Ay. (*Se oculta á Amelia.*) Daré una leccion al marido... y á su vez á esta señorita. (*Se sienta.*)

ESCENA XVIII.

AMELIA *oculta*, LUISA, *y* MENDOZA *que entrega el libro á* LUISA *mudamente.*

Luisa. Qué aire tan grave y solemne! Pareceis á un embajador llevando declaracion de guerra.

Alfonso. Señora, yo no sabia que nosotros estuviesemos en paz. (*Va á salir.*)

Luisa. No volveis?

Alfonso. Señora, dispensadme.

Luisa. No reconozco ya vuestra política... vuestra galanteria.

Alfonso. Ya sé, señora, que teneis mucho ingenio, y conozco que no tengo fuerzas para luchar con vos.

Amelia. No la ama, estoy segura. (*Aparte.*)

Luisa. Me poneis mala cara? Yo creia que esto no era permitido sino á nuestro sexo. Y en verdad los hombres son tan usurpadores... Qué nos queda á las pobres mugeres, si se nos arrebata hasta la pequeña

coqueteria de caprichos, de enfados, de que tan á menudo nos servimos á veces para dar precio al mas ligero favor, haciéndolo comprar.

Alfonso. Qué lenguage! (*Aparte.*)

Luisa. Ah! Con que sois rencoroso? Pero debeis conocer que otros tendrian mas motivo... Con que tengo que levantar la cabeza para hablaros? Veamos, no podiais sentaros ahí, cerca de mí? (*Le hace señas á Mendoza para que se siente cerca de ella. Mientras coge la silla, dice aparte.*) Ah señora Amelia! vais á pagar la sonrisa de esta mañana.

Alfonso. Si no se habrá perdido del todo la partida? (*Aparte y sentándose.*)

Amelia. Se queda! (*Aparte.*)

Luisa. Os sentais á mi lado con el aire de un martir, que va á subir á la hoguera. Con otro interes y amabilidad lo hubiérais hecho antes.

Alfonso. Desde esta mañana he ganado mucho en esperiencia.

Luisa. Será menester por primera palabra de escusa tenderos la mano? El corazon de la muger no es como el del hombre. Tenemos la debilidad de perdonar; pero á fin de encontrar gracia delante de nuestro propio orgullo, no es justo que impongamos al menos una penitencia al ofensor? La vuestra os ha parecido muy cruel?

Alfonso. Vos sí que sois bien cruel. Si vuestras palabras no son mas que un juego...

Amelia. Qué oigo! (*Aparte.*)

Luisa. Un juego! Que se queje quien pierda.

Alfonso. Señora, conozco muy bien el poder de vuestras seducciones, y vuestro arte irresistible de encadenar á los otros quedando libre, despues del modo con que habeis recibido la declaracion de mi amor. Si quereis que crea en vuestro perdon, en vuestro interes, en todo lo que vuestros ojos parecen decirme en este momento, entregadme una prenda que me haga ver que mi dicha no es una ilusion. Ese retrato que me habeis negado...

Amelia. Yo me siento morir. (*Aparte.*)

Luisa. Mi retrato? Bien: con la cinta, es una verdadera orden de caballeria.

Alfonso. Pues bien! Sed mi dama, y recibidme por vuestro caballero.

Luisa. Qué locura! El ceremonial no es de rodillas?

Alfonso. Sí, sí, de rodillas! (*Cogiendo el retrato.*) Dadme el retrato y tomad mi vida.

Amelia. Infame! (*Saliendo.*)

Alfonso. Mi muger!

Amelia. Es este el amor que tanto me ponderabais? Pérfido!

Alfonso. Amelia, amiga mia, las apariencias te engañan. Escúchame.

Amelia. No me sigais, caballero. (*Yéndose.*)

Alfonso. Pero...

Amelia. Dejadme. (*Váse precipitadamente á su cuarto, Alfonso la sigue. Despues aparece don Fernando en el fondo con una caja de pistolas.*)

ESCENA XIX.

LUISA Y FERNANDO.

Luisa. Es capaz de hacerla creer que no estaba á mis pies, y ella lo creerá. Es tan sencilla! Por fortuna me vengaré completamente. Ahora falta mi marido.

Fernando Qué veo! mi muger.

Luisa Ah! estabais aqui! (*Viéndole.*) Venid, caballero, y regocijaos por vuestra obra.

Fernando Mi obra!

Luisa. No os avergonzais de tener una conducta tan odiosa? Despues de cuatro meses de ausencia, el dia que nos reunimos tratais de seducir á la muger de vuestro amigo!

Fernando. Se me ha calumniado. (*Aparte.*) Infame! me ha vendido.

Luisa Lo sé todo. No os disculpeis con una mentira; introducir la discordia en una familia, hacer reñir á dos esposos que se idolatraban, causar tal vez su separacion eternal, esto es indigno, caballero. No penseis que me quejo de vuestra infidelidad; hace tiempo que estoy habituada á ella. Pero si no me amais, me parece que me debeis respetar al menos, y no escoger el lugar donde estoy para teatro de vuestros desórdenes. (*Se entra en su cuarto.*)

ESCENA XX.

FERNANDO, *solo.*

Que el cielo me confunda, que la tierra me trague, si sé cuál juego manejamos desde esta mañana. Llego aqui con disposiciones muy pacíficas, no tratando de armar camorra con nadie, no queriendo mas que vivir en paz con todo el mundo, hombres y mugeres!... Con las mugeres sobre todo!... y veo á todos encarnizados contra mí... Mendoza, su esposa, mi muger.... no hay mas que gritos, quejas, pistolas!... Todo el mundo me escoge para víctima, porque soy el solo razonable que hay aqui. Ah! por vida mia, que si no tratan mas que de enfadarme, yo tomaré la revancha, y el primero que caiga en mi...

ESCENA XXI.

FERNANDO Y ALFONSO, *saliendo de su cuarto.*

Alfonso. Se ha encerrado, y no quiere oirme, pero es lo que menos importa ahora. Ah! aqui está mi adversario.

Fernando. Me quereis decir, caballero, qué significa esto? Hace dos horas que me llevais de fraude en fraude, y esto me cansa ya. Me dirigís un papel de desafio, y llego con la formalidad conveniente; entonces me llamais vuestro querido amigo, y me tendeis los brazos; me arrojo á ellos. Ya no hay nada, es un duelo el que necesitais. Recojo mi formalidad y mis pistolas: vengo aqui, y en lugar vuestro, encuentro á mi muger que me arma una riña espantosa. La paciencia de un santo no bastaria: con que asi, decidme...

Alfonso. Calmaos, querido Gonzalez.

Fernando. Ah! Con que ahora soy vuestro querido Gonzalez? Si creeis seguir esta farsa hasta mañana, os engañais: yo os haré cambiar esas maneras, porque soy yo quien se halla ofendido en este momento.

Alfonso. Ofendido!

Fernando. Sí, ofendido y gravemente. He querido agradar á vuestra muger, es verdad; pero esto se hace, está recibido, y es de buen tono. Pero vos me habeis denunciado á la mia, y esa es una accion de todos los diablos... qué diantre! debe haber miramiento entre los hombres. Qué llegaria á ser la sociedad, si semejante traicion fuese permitida? Si os quereis vengar, por qué no habeis hecho la corte á mi muger? yo no os hubiera dicho una palabra. Pero hacer una denunciacion conyugal...

Alfonso. Moderaos... No habeis dicho que la cólera era de mal tono?

Fernando. Teneis razon. (*Mostrando la caja de las pistolas.*) Ved el solo género de discusion conveniente.

Alfonso. Teneis mucho deseo de matarme, ó de que os mate?

Fernando. Esto ês delicioso! Me habeis mandado buscar las pistolas para tirar al blanco?

Alfonso. Es que despues he reflexionado... Entre dos antiguos amigos como nosotros, un duelo no seria una majaderia? Un arreglo pacífico...

Fernando. Pardiez! Tened en hora buena mas caprichos que una muger bonita! Lo que es por mí, no tengo la costumbre de mudar de idea sesenta veces cada minuto; estamos convenidos en batirnos, y nos batiremos.

Alfonso. Cuando no se trate de una equivocacion.

Fernando. (*Aparte.*) Me hará condenar con su sangre fria.! Pero yo haré que se encolerice á pesar suyo. (*Saca del pecho el retrato de Amelia y las cartas.*) Es esto un error? Ved el retrato, y las cartas de Amelia: me las pedís, y yo no quiero dároslas, no es es esto claro? Puede haber motivo de duelo mas perentorio?

Alfonso. Créedme, todo puede arreglarse.

Fernando. Pero no sabeis que soy un aturdido, un mal sugeto, un hombre que compromete?... que tengo una reputacion execrable, que soy capaz de hacer de esto un uso indigno... de hacer imprimir las cartas, y grabar el retrato: despues de lo que os he dicho,

si rehusais batiros, digo que es sorbete lo que corre por vuestras venas.

Alfonso. Bah! Os haceis mas malo de lo que sois. Os lo repito, todo esto es una equivocacion. Ya entiendo que poneis precio á esos objetos. Y creiais que yo os los pedia de balde, sin indemnizaros?

Fernando. Esto es prodigioso. Cómo! quereis pagarme este retrato? Me tomais por un chalan de cuadros?

Alfonso. No es una venta lo que os propongo. Pero, qué diriais si os ofreciese alguna cosa que tuviese el valor artístico y moral equivalente al que yo reclamo?

Fernando. Os diria que no, cien mil veces que no. En materia de pintura, no entiendo mas que los retratos de mugeres... jóvenes y bonitas se entiende.

Alfonso. En ese caso, hareis justicia al de que hablo. Qué os parece? (*Presentándole el retrato.*)

Fernando. Qué veo? mi muger!... Caballero, será un duelo á muerte. (*Dejándose caer en una silla.*) Siento una flojedad en todos mis nervios... Nunca hubiera creido que esto me hiciera tanto efecto. Hé aqui lo que se saca del matrimonio.

Alfonso. Un duelo, sea. Pero, en caso de desgracia á uno de los dos, ese medallon en vuestra cartera, y este en mi cuello, podrán igualmente hacer reir á costa del que sobreviva. Un cambio no os parece mas prudente? Creedme: reputacion por reputacion, retrato por retrato. Toma y daca. (*Le da el suyo, recibe el de Amelia, y cuenta las cartas.*) Sí, estas son. Querida Amelia, cuál será tu júbilo!

ESCENA XXII.

Dichos. AMELIA, *saliendo de su cuarto.*

Amelia. (*A Alfonso.*) Caballero, despues de lo que ha pasado, debeis conocer que todos los lazos que nos unian se han roto ya.

Alfonso. Amelia!

Amelia. No admito escusas, basta de injurias, permitid que me retire con mi madre.

Alfonso. Separarte de mi!

Amelia. No lo estamos ya?

Fernando. La desolacion está en todos los corazones. Siempre consuela el no sufrir solo.

Alfonso. Pues que una separacion te parece precisa, no quieres reclamar estos objetos que te pertenecen? (*La da el retrato y las cartas.*)

Amelia. Mi retrato!... mis cartas!... pero cómo?...

Alfonso. Ya lo sabrás todo.

Amelia. Caballero, creed que mi reconocimiento... (*A Fernando.*)

Fernando. Esta es una ironía detestable! (*Se levanta.*) Pretendeis insultar á mi dolor con el espectáculo de vuestra ternura?

Alfonso. Porque abrazo á mi muger! me parece que tengo derecho para ello. Volveos y haced lo mismo.

ESCENA XXIII.

Dichos y LUISA.

Luisa. Ya reconciliados! Estaba segura! pobre muchacha!

Fernando. (*A Luisa.*) Señora, el dia en que recibí vuestra fé delante de los altares, comprendisteis la gravedad del juramento que haciais? Sabeis que el matrimonio es cosa santa? que el crimen mas grande á la faz del cielo y de la sociedad, es el del esposo?... quiero decir, de la esposa que... Conoceis esto, señora? (*Le enseña el retrato.*)

Luisa. Qué traicion!

Fernando. No temeis que mi venganza?...

Alfonso. Deteneos. No quejas, gracias debeis dar á la señora.

Fernando. Cómo?

Alfonso. Sí, mi querido, gracias, porque ha tomado parte en un compiot bien inocente. Consintiendo prestarme su retrato algunos instantes vuestra esposa, os ha impedido persistir en una resolucion poco digna de vos, y de que tarde ó temprano os habriais arrepentido.

Fernando. Qué! Lo ha prestado solamente?... Ya sabia yo, querida, que tú no habias hecho mas que prestarlo.

Luisa. Yo sabia que teniais necesidad de una leccion. En fin, yo espero que esto os escarmentará.

Fernando. Sí, te lo prometo. Me parece que me han quitado un peso... Realmente compadezco á los maridos que están sujetos á estas aprensiones.

Luisa. Ahora, vuélveme el retrato.

Fernando. No, yo le guardaré; porque prestándolo, acabarás por perderle.

FIN.